

SOBRE UN CONGRESO DE CULTURA CANARIA

Desde hace por lo menos un par de lustros vengo oyendo hablar del Congreso de Cultura Canaria. Pero sólo eso: oyendo hablar, por más que recuerde haber asistido a un par de veladas —sendos asaderos regados con tintillo del Monte— que pretendieron officiar de “take off” para la escurridiza reunión de los “culturos” isleños. Incluso recuerdo que en una de ellas se designaron comisiones para los trabajos preparatorios, para la elaboración de temarios, para contactos con personas presumiblemente interesadas, etc.

De aquello nunca más se supo y mentiría si dijera que los asistentes a los asaderos esperaban otra cosa. El susto hubiera sido de muerte si llega a sonar la flauta. Era casi un rito reunirse alrededor de proyectos de imposible realización bajo el franquismo y la gente se movía más por un afán de autoafirmación que por la confianza de ver salir adelante lo planeado.

Pero el franquismo está quedando atrás. Seguimos adentrándonos en la etapa postdictatorial en la que, si tampoco es fácil hincarle el diente a un Congreso de Cultura Canaria —los elementos de control social continúan intactos— al menos puede plantearse el tema sin correr los riesgos del período anterior. Esto es cuanto se ha ganado tras la desaparición del dictador y está claro que si pretendemos seguir avanzando para conseguir un país donde todos nos sintamos más a gusto es preciso alentar este tipo de iniciativas que permita poner en movimiento fuerzas y energías latentes en la sociedad canaria hacia su definitiva salida al sol. Hay en Canarias todavía actividades culturales e intelectuales bichadas por la sensación de clandestinidad. Mientras este fenómeno exista entre nosotros no estaremos en condiciones de hablar de una auténtica democracia. La democracia es bastante más que concurrir cada cuatro años a unas elecciones y en el campo de la cultura y de la actividad intelectual un Congreso como el preconizado puede ser excelente punto de partida para normalizar la vida cultural de las islas dominada por la mediocridad, las peleas de campanario entre grupos más o menos gratuitos y la insolidaridad. Sin olvidar el abierto desprecio de la clase política —desde la derecha a la izquierda— por la actividad intelectual y creadora. Este Congreso pudiera servir, en este sentido, para precisar el marco de acción y las coordenadas de proyección hacia la sociedad en las que debe moverse el intelectual canario.

JOSE ALEMAN

EL MOMENTO DE LAS ISLAS

Pero no sólo por lo dicho anteriormente sería oportuna la celebración del Congreso. Lo es también por los momentos que vive la sociedad isleña. Mucho se habla de nacionalidad, de identidad canaria y cosas por el estilo. Si damos de lado a los aspectos políticos veremos que tales conceptos poseen un fuerte contenido cultural y que, de una forma u otra, tratan de legitimarse con invocaciones a la tradición, al pasado, a la cultura de las islas.

Tan es así que en el marco dialéctico donde se mueven estas cuestiones aparece como centro encendido de polémica la existencia o la inexistencia de una Cultura Canaria, o sea de una Cultura con unos rasgos nuestros que la hagan identificable y peculiar en el contexto de la cultura universal.

Que el tema continúa sin estar claro para muchos son los evidentes excesos a que se ha llegado siendo el mayor de todos, a nuestro entender, el de quienes niegan la existencia de una cultura nuestra sin caer en la cuenta que tal negación es, también, la negación de la existencia del propio pueblo canario. Negar la cultura canaria es negarnos a nosotros mismos.

Y junto a estos excesos vienen los otros, los de los “ismos”, ya que de repente nos hablan de africanismos, latinoamericanismos, atlantismos, europeísmos, etc. No hay más “ismos” porque, por suerte, solo somos ruta de tres continentes y las islas están enclavadas en un solo océano. Pero, a lo que íbamos: la cuestión no se trata de negar lo mucho o lo poco que haya de verdad en todos estos postulados sino en señalar la alegría —la ligereza, más bien— con que se echa mano de ellos como muestra de que, en el fondo, se trata de aspectos no meditados en profundidad ni mínimamente debatidos con seriedad.

El Congreso de Cultura Canaria, de celebrarse, tendría que tener como piedra de toque la existencia misma de una cultura canaria y el intento de conseguir la síntesis comprensible que se está echando de menos. De ese Congreso no saldría,



por supuesto, ningún comprimido "Bayer" destinado a pasar urbi et orbe como "Cultura Canaria". Sería demasiado esperar, aparte de que la cultura auténtica, la cultura viva, debe concebirse como un proceso crítico, de penetración en el conocimiento y es evidente que es más lo que desconocemos y lo que tan solo intuimos que lo que podemos anotar en el casillero de lo definitivo, de lo aceptado como obvio. En este sentido el Congreso de Cultura Canaria no puede ser otra cosa que un primer paso, la apertura de un debate, la puesta sobre la mesa de algo que podríamos calificar como "estado actual de nuestros conocimientos". Sería como un gran inventario de nuestra cultura en sus diversas vertientes que nos pondría ante unas perspectivas que se identificarían como nuestras y que acotarían el campo de acción de nuestras actividades futuras. A partir de ese primer vistazo al panorama de nuestros conocimientos que cada cual se eche para el "ismo" que tenga por más conveniente pero ya con mayores conocimientos de causa.

UNA POLITICA CULTURAL

Hasta ahora las notas acerca de este pretendido y necesario Congreso de Cultura han ido por los terrenos de una cierta abstracción. Se trataría de definir el papel del intelectual en la sociedad canaria de hoy y se trataría, asimismo, de establecer un panorama real del estado de nuestros conocimientos. En definitiva, el objetivo sería dotarnos de una serie de recursos que hiciera posible y fecunda una vida cultural canaria alejada de los moldes provincianos y de recillas personales disfrazadas de ideología al uso. Pero no puede parar sólo en eso la cosa sino que es preciso ir aún más allá, es necesario sentar las líneas maestras de una política, de una organización cultural que sea capaz de satisfacer las necesidades de nuestro pueblo en este sentido.

No es preciso entrar en detalles acerca de quienes controlan, hacen y deshacen en la política cultural de las islas. Entre los que hacen y deshacen a su antojo, ejerciendo un control social dirigido a impedir el desarrollo de cualquier otra iniciativa, están justamente quienes niegan la existencia de una cultura canaria. Admitir su existencia es ir contra sus intereses por cuanto significaría aceptar

la actuación de personas que cuestionan fuertemente el "establishment" del que ellos se lucran y que no es otra cosa que una herencia del pasado franquista.

Es de estos sectores establecidos en la cúspide de la política cultural de donde emanan las más fuertes reticencias y oposiciones a la celebración, no ya de un Congreso de Cultura Canaria, sino a la estructuración de cualquier actividad que trate de poner por delante los rasgos más genuinos de nuestro talante cultural. Es por eso que el supuesto Congreso debería incidir particularmente en la articulación de un modelo de organización cultural en la que puedan participar todos, sin exclusión siquiera de quienes ahora siguen tratando de dejar fuera a la mayoría. Una organización generosa, sin "popes", sería lo más conveniente para superar la fragmentación cultural hoy existente. Porque una cosa es la lógica disparidad de criterios, de actitudes y de opiniones y otra muy distinta son los odios siberianos producto del ejercicio arbitrario de puestos y cargos en la actual organización cultural. Una minoría privilegiada en el amiguismo viene monopolizando privilegios y recursos a su antojo mientras la gran mayoría no tiene otra salida que inhibirse entre las cuatro paredes de su casa o marcharse fuera de las islas a respirar mejor.

Esta situación tiene que cambiar y podrían darse los primeros pasos en un Congreso que tratara de definir aquellas líneas maestras de política y de organización cultural. Pero no un cambio por el placer mismo de cambiar, de introducir nuevas caras dejando intocadas las posibilidades del uso arbitrario de los puestos. Para ese viaje no se necesitan alforjas. Se trata de cambiar para hacer que la cultura pueda llegar a sectores cada vez más amplios de nuestra sociedad. Se están manejando fondos públicos en todo esto y es preciso que tales fondos se comiencen a gastar en beneficio de quienes son sus auténticos propietarios.

En definitiva y resumiendo estas cortas notas acerca del Congreso de Cultura Canaria: es preciso delimitar el papel del intelectual en nuestra sociedad, de facilitarle los medios de conocimiento y de proyección y de estructurar una nueva organización cultural que merezca el nombre de tal y que tenga como directo beneficiario al pueblo de las islas.